

Viaje a las Raíces MAS DE QUINIENTOS AÑOS DE HISTORIA AMERICANA

D.F. MAZA ZAVALA

En este trabajo el autor se pasea por mas de quinientos años de historia bajo un interesante punto de vista donde se "... pone de relieve dos maneras contrapuestas de interpretar nuestra historia. La de los descubridores, conquistadores, invasores, cuya versión está vigente en el mundo dominante y dependiente, constituyendo la verdad oficial del descubrimiento, la conquista y la colonización como un proceso épico, hazafioso, necesario, creativo, digno, por tanto, de celebración y reconocimiento y la de los invadidos, conquistados, sometidos, exterminados, esclavizados, cuya verdad es calificada como disidente, subversiva, extraña y, por tanto, excluida de textos oficiales, no enseñada en escuelas, colegios o universidades, no incorporada a la celebración del quinto centenario..."

En la búsqueda de la ruta más segura y económica para el aprovisionamiento de las especies se encontró a América, continente desconocido para el viejo mundo. Los viajeros arriesgados que partían de la Península Ibérica, en las últimas décadas del siglo XV, para dar la vuelta por mar al mundo conocido, tenían por destino preconcebido las Indias Orientales, los imperios asiáticos fabulosos que había recorrido Marco Polo y de los cuales procedían, además de los condimentos alimenticios, las ricas telas, los adornos y artesanías deseados, el té y las leyendas. También de esos países lejanos llegaron a Europa los inventos que habrían de ensanchar el dominio de la ciencia, el arte, la cultura y la navegación, aunque también los medios para realizar la guerra; la pólvora, la imprenta, el papel y la brújula, las pastas de arroz y las medicinas milagrosas. Era la época de la gestación de la edad moderna, del redescubrimiento de la cultura greco-romana y de la infancia del capitalismo.

LA RUTA DE LAS INDIAS

Colón fue no sólo el más visionario de esos navegantes sino también el más afortunado en sus hallazgos; pero no tuvo la intención de llegar a nuevas tierras. Tenía quizá la noticia o la noción de la redondez de la tierra y el afán de internarse en las aguas oceánicas desconocidas y temidas; pero su objetivo era más limitado; encontrar una nueva ruta de las especies. En su aventura arribó a las Indias Occidentales, es decir, a América. No sería, por tanto, exagerado decir que este continente fue conocido por Europa en virtud de una equivocación geográfica. En tiempos de invención e imaginación, como los finales del siglo XV, América aparecía como otra invención. Al desconcierto de los marineros de la primera expedición colombina, al temor acrecen-

tado en largas jornadas marítimas, acentuado por las tormentas y los oscuros vaticinios, sucedió la euforia de las maravillas, el asombro ante la exuberancia del mundo nuevo, la sensación de haber topado con el paraíso terrenal. No era extraña, no podía serlo entonces, la significación del espectáculo que se ofrecía a las miradas de los navegantes, el nacimiento de lo real maravilloso que habría de inspirar en lo sucesivo la historia americana.

Al reverso del asombro europeo se abrió paso el asombro indígena. Hombres diferentes, que en la confusión inicial adquirieron la dimensión de dioses, y que muy pronto se contraían por sus negativas y crueles hazañas al tamaño humano de la conquista y el despojo, fueron tomados al principio como seres benéficos por los nativos, dotados de poderes que no comprendían, de instrumentos y armas superiores a los forjados por las culturas indígenas, de conocimientos que escapaban al dominio de la sabiduría de estos pueblos, cuya evolución se internaba en largos siglos pasados y que acaso tenían sus raíces en las culturas asiáticas. De algún modo, por los designios profundos del acontecer humano, se proyectaba en estas tierras la huella buscada por Europa en la ruta de las especias, en los confines de las antiguas Indias.

AMÉRICA PRECOLOMBINA

No era, sin embargo, un mundo virgen, ayuno de civilización, ni escenario salvaje éste que incorporó la hazaña de Colón al horizonte europeo. Podría calificársele como una realidad histórica diferente y paralelo a la del llamado Viejo Mundo. Desde luego, en la América precolombina el desarrollo de las naciones mostraba grandes desigualdades, tanto en la base material de sustentación como en la organización social y política. Coexistían diversas estructuras económico-sociales y distintos perfiles culturales en una vasta geografía, también diversa en sus regiones y accidentes. En el norte, en lo que es hoy México, parte de los Estados Unidos y de Centroamérica, florecía la civilización azteca, de notables dimensiones y adelanto, de base agrícola-artesanal,

apreciable productividad, cierto grado de urbanización, conocimientos científicos y tecnología autónoma, cuyo excedente económico se materializaba en gran parte en construcciones monumentales, obras de infraestructura y residenciales. En tierras de Guatemala y del sur de México, había florecido la civilización maya sustentada en el cultivo del maíz, la gramínea americana. En la subregión occidental de América del Sur, en lo que hoy se conoce como Colombia, entre los mayas y los incas, se asentaban los chibchas, pueblo con cierto dominio de la metalurgia, la orfebrería y la alfarería; era -es- tierra de esmeraldas y oro; habitaban en aldeas cuyas casas construían utilizando la greda, la madera y la paja; eran comerciantes y obtenían por trueque, o con ayuda de moneda de esmeralda y oro, de mayas a incas y de tribus establecidas en los Andes venezolanos, los productos que necesitaban. Hacia el sur, en lo que es hoy Ecuador, Perú, Bolivia, el norte y el centro de Chile y el noroeste de Argentina, se extendía el Tahuantinsuyo o imperio de los incas, de lengua predominantemente quechua (también aymará), centrado en el Cuzco peruano. La base económica era la agricultura, con técnicas avanzadas en su época y circunstancia. La célula social era el ayllu, núcleo familiar dotado de tierras, cuya propiedad era colectiva. Los incas edificaron importantes ciudades de piedra y adobe; Cuzco, Cajamarca, Machu-Picchu, Picchu-Picchu.

Al sureste, en lo que es hoy Brasil, moraban los tupiguaraníes, que se extendían hasta el Paraguay, vivían precariamente en aldeas que abandonaban con frecuencia, cultivaban el maíz, el algodón, el tabaco y la yuca, aprovechaban la yerba mate como bebida y medicamento, y el caucho para hacer vestidos y calzado. Eran excelentes alfareros, guerreros, seminómadas y políglamos.

Es el territorio argentino predominaron los calchequies, agricultores, constructores con piedra, alfareros, ceremistas y tejedores. Los araucanos o mapuches tenían su asiento en tierras de Chile, sin duda tuvieron relación con los incas de los cuales recibieron influencia cultural. Trabajaban el metal, la madera y la

greda, y eran notables tejedores; cultivaban la papa, los frijoles y el maíz.

En el litoral atlántico de la América del Sur, en los archipiélagos diseminados en el mar Caribe, en la tierra firme de Venezuela y hasta en las costas orientales centroamericanas, se extendían las tribus de la nación Caribe, viajeros, navegantes, comerciantes, guerreros; vivían en bohíos de paja y llegaron a construir rancherías en aguas del lago de Maracaibo (palafitos), de lo cual deriva el nombre de Venezuela. Cultivaban el maíz, el algodón, la yuca y otros tubérculos; eran pescadores y alfareros; su organización era de índole colectivista con eje autoritario en los caciques. La ausencia de centralización hizo difícil y prolongada la conquista de los caribes, cuya resistencia tenaz se manifestó en numerosas acciones hechas. No así la de los aztecas e incas, de organización centralizada.

En síntesis, puede decirse que el vasto y accidentado territorio que es hoy asiento de la América Latina no era un espacio vacío. La población de esta región hacia 1492 la estima Rosenblat en 12 millones, otros la estiman entre 14 y 15 millones. Todos los pueblos eran agricultores, cultivadores del maíz, el algodón, el tabaco, la papa, el frijol, la yuca, el cacao, entre otros; eran alfareros y ceramistas, trabajadores de metales, madera y piedra; pescadores y cazadores, comerciantes, constructores de ciudades y aldeas, guerreros, músicos, bailarinas, poetas, colectivistas, polígamos, cultivadores de la tradición oral de leyendas e historias, con conocimientos de medicina y astronomía; una evolución milenaria que se pierde en la noche de los tiempos y que aun sorprende.

LA CONQUISTA: EMPRESA DE DOMINACIÓN

El proceso de la conquista de América fue largo y difícil, se extendió durante todo el siglo XVI y parte del XVII. La conquista fue destructiva en casi todo el continente, no sólo de elementos importantes de las culturas indígenas sino también de la po-

blación, sometida a exterminio en una guerra desigual y en actos de crueldad, así como también esclavizada brutalmente para ocuparla en la extracción de metales preciosos y perlas. Fue prácticamente sistemático el pillaje de los tesoros indígenas y el exterminio de la población; una verdadera hecatombe demográfica, como la caracteriza Celso Furtado. Las transferencias forzadas de población, las marchas y los trabajos agotadores, el efecto de las epidemias provocadas por el contacto con los españoles portadores de gérmenes infecciosos desconocidos en estas tierras, determinaron la extinción de gran parte de la población en el siglo XVI.

No fue empresa fácil la conquista de América. La vastedad del territorio, la variada climatología, la heroica resistencia que opusieron tribus y naciones, más tenaz y cruenta en los dominios de los caribes, mapuches, calchequiés, guaraníes y tupinambas; más débil y breve en los imperios azteca e incaico, favorecidos los conquistadores en estos casos por la organización centralizada y jerarquizada y los conflictos internos entre sus componentes. Pero también los invasores fueron afectados por rivalidades y ambiciones, enfermedades y escasez de suministros, tan alejados como estaban de sus países de origen.

LA EXPLOTACIÓN COLONIAL

La generación y captación del excedente económico constituyen la esencia de la explotación colonial y la razón de ser de la conquista y la subsecuente dominación metropolitana. El excedente se genera en el proceso de trabajo indígena, en su primera etapa, y del esclavo africano en la etapa posterior. En los primeros tiempos de la conquista fue el simple despojo de los tesoros artísticos y religiosos de los pueblos aborígenes; luego la explotación minera primitiva, que se caracterizó por una verdadera destrucción física de la población activa indígena, una masacre, un genocidio en el siglo XVI; así, buena parte del excedente fue la materialización económica de ese genocidio precolonial; la fuerza de trabajo indígena, presa de conquista, era un bien gratuito

cuyo mantenimiento vital no era un requerimiento indispensable, dada la abundancia del factor. La riqueza extraída o generada por el trabajo indígena significaba prácticamente, en su casi totalidad, excedentes del cual era provisto el consumo de los conquistadores. La introducción de esclavos africanos a las colonias, aunque no emancipó a los aborígenes de las duras tareas de esclavitud y servidumbre, marca una etapa en el proceso de trabajo colonial y la generación del excedente económico. La captura de africanos para su venta como esclavos fue una empresa capitalista acometida principalmente por ingleses, holandeses, franceses y portugueses. Los esclavos negros representaban una propiedad, tenían un costo y un precio y eran objeto de comercio. Su manutención y reproducción interesaban a los propietarios, de tal manera que la riqueza creada en el proceso de trabajo esclavo incorporaba en primer lugar el valor de subsistencia de los esclavos trabajadores, cuya oferta era limitada, por tanto, el capital inmovilizado en instalaciones, equipos y obras de infraestructura tenía que agregarse al capital humano representado por la posesión de esclavos, con costos de conservación y reposición similares a los del capital físico. La decreciente productividad de la fuerza de trabajo esclava y los costos crecientes de conservación y reproducción determinaron, en el transcurso del siglo XVIII, particularmente, la reducción del excedente, de tal manera que en las postrimerías de ese siglo la esclavitud dejó de ser rentable y entró en crisis mucho antes de que se tomara oficialmente la decisión de abolirla.

DOS MANERAS DE INTERPRETAR LA HISTORIA

La somera retrospectiva del pasado indígena y la conquista que he intentado en lo anterior pone de relieve dos maneras contrapuestas de interpretar nuestra historia: la de los descubridores, conquistadores, invasores, cuya versión está vigente en el mundo dominante y dependiente, constituyendo la verdad oficial del descubrimiento, la conquista y la colonización como un proceso épico, hazañoso, necesario, creativo, digno, por tanto, de celebración y reconocimiento y la de los invadidos, conquistados, so-

metidos, exterminados, esclavizados, cuya verdad es calificada como disidente, subversiva, extraña y, por tanto, excluída de textos oficiales, no enseñada en escuelas, colegios o universidades, no incorporada a la celebración del quinto centenario del arribo de Colón a estas tierras. La historia oficial, convencional, descubridora, dominante, comienza en 1492, inicio de la época en que el mundo se completa para la expansión del capitalismo. Antes de ese año no es siquiera prehistoria, no es el pasado, ni el presente, es el tiempo inexistente, es la anulación de siglos y hasta milenios de vida humana en este continente, es la amputación de la humanidad, por lo que no puede ser extraño que durante bastante tiempo se discutiera sobre si los pobladores de estas tierras eran racionales, si tenían un alma, un pensamiento, una conciencia, una obra, o eran simplemente seres infrahumanos, una rara especie de antropoides a los cuales se les podía matar, exterminar, esclavizar, sin cargos de conciencia. Esta manera de interpretar la historia, desde el punto de vista del conquistador, del dominador, del triunfador, toma su fuerza del pretendido concepto de la occidentalización, es decir, de situar a occidente como la cuna, el escenario, el ámbito exclusivo de la civilización; por tanto, la historia universal, la historia del mundo, es la historia de la civilización occidental y más específicamente la historia del hombre blanco, sin considerar que el hombre tuvo su origen en Asia o Africa, y probablemente no fue blanco sino negro o amarillo o indio. La historia así alienada no puede menos que interpretar la llegada de Colón a América y la conquista subsecuente como la proyección, la complementación, de la civilización occidental, la redondez del planeta en que vivimos no estaba sustentada realmente hasta que el occidente hizo suya a América. Y tenemos que consolarnos con advertir que tampoco forma parte de la historia universal así delimitada la de los pueblos más antiguos y creativos del mundo, los asiáticos y africanos, verdaderas cunas de la humanidad, incluso de la americana ya que es sostenible la hipótesis de que nuestros pueblos tuvieron sus remotos ancestros en viajeros asiáticos; si nos separa geográficamente de Europa al Atlántico, del Asia nos separa el Pacífico, océano navegable.

La otra historia, la de esta parte del mundo que siempre existió, la de naciones establecidas por tiempos milenarios en esta vasta y multiforme geografía, que sembraron sus huellas perennes junto con la cal de sus huesos, las que cultivaron los suelos, navegaron sus ríos, lagos y mares, las que levantaron monumentos que hoy asombran, las que labraron la piedra y el metal, la madera y el hueso, las que moldearon el barro y la arcilla, las que tejieron el algodón, la palma, el pelo de la llama, las que construyeron caminos y calzadas, muros y andenes, las que fabricaron canoas y balsas, las que exploraron los cielos y siguieron en las noches las estelas de los astros, las comunitarias, las de las danzas y cantos, las de los mitos y leyendas, las de la poesía y la filosofía inmersas en la naturaleza, estas naciones, estos pueblos, cuyos testimonios se observan por doquier: en costumbres, ritos, trajes, arte, artesanía, alimentación, vivienda, medicamentos, en los nombres de nuestras ciudades, regiones, lagos, lagunas, ríos, montes y gentes, esta historia es apenas una referencia rápida y falsa en las lecciones de historia oficial; en gran parte lo que se presenta es la leyenda negra de la mayoría de los cronistas de Indias; la de los salvajes casi desnudos, adoradores del sol y la luna, devoradores de carne humana, crueles, viciosos, indolentes, polígamos, ignorantes, traidores.

La historia oficial es la versión idílica de la conquista y la colonización; adelantados de Dios, propagandistas de la fe cristiana, portadores de la civilización que sembraron en las entrañas de las indígenas los genes de la raza superior, fundaron ciudades, vistieron la desnudez, introdujeron el caballo, el asno, la mula, el ganado vacuno, porcino, lanar y caprino, las armas de fuego, los vinos y aceites, la rueda y el arado, la escritura y la propiedad privada. La otra historia, la silenciada, la marginada, aunque emerge a veces en la obra de investigadores auténticos, es la del pillaje y el despojo, la destrucción y el exterminio, el engaño y la crueldad, la esclavitud y la servidumbre, la confiscación de las comunidades indígenas, la imposición de diezmos y primicias, la sociedad señorial, la inquisición, las castas, la deformación de las culturas indígenas, el intento de borrar sus lenguas, en síntesis la

civilización occidental impuesta a sangre y fuego, la integración del mundo bajo el signo de la dominación y la fuerza, el descubrimiento alborozado de un emporio: el tesoro americano, de metales preciosos y esclavos. El acicate para la acumulación originaria del capital.

LA EXPANSIÓN CAPITALISTA

La dicotomía del mundo, en todos los tiempos, se extendió al nuevo continente —nuevo para la dominación, antiguo para la humanidad— mediante la conquista y subsecuente colonización. Estos pueblos vivían según sus propias leyes, sin afanes de acumulación, en un sistema sencillo de producción y consumo; había guerras, luchas políticas, rivalidades, autoritarismos, religiones que practicaban sacrificios humanos, canibalismo ritual, la condición humana como en todas partes con sus vicios y virtudes, grandezas y miserias, fortalezas y debilidades, bondades y crueldades; no era éste un paraíso terrenal, una región de maravillas, como algunas veces la idealizaron los cronistas deslumbrados por lo novedoso y extraordinario. Era un complejo de culturas, de naciones, de realidades, que tenían continuidad histórica. La irrupción de los conquistadores conmovió todas las estructuras, quebrantó todas las evoluciones, desquició todo crecimiento autónomo, pero no pudo destruir todas las identidades culturales. Los pueblos sometidos pasaron a ser dominio directo de los invasores, de gente de carne y hueso, armada y sedienta de riqueza, de propiedad de tierras, recursos y esclavos. También se constituyó el dominio colonial de España y Portugal, el inmenso imperio de emperadores y reyes en cuyas dependencias territoriales “no se ponía el sol”. Pero también, a través de los estados ibéricos, se incorporaron a la dominación, de manera indirecta, las potencias europeas occidentales, usufructuarias de los despojos americanos: Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania. El capitalismo mercantilista recibió un gran impulso con la dominación de América; quizá podría afirmarse, sin exageración que el desarrollo del capitalismo requirió la conquista de este continente, o por lo menos que esta conquista le abrevió el camino y le

aceleró el proceso. El oro y la plata extraídos de las minas americanas, con el sudor y la sangre de los indígenas, sirvieron de base monetaria para la expansión financiera y económica de aquellos países; el tráfico de esclavos africanos fue otra vertiente de acumulación: sudor y sangre de esclavos configurados en el excedente económico minero y agrícola se servían en las mesas de los príncipes, aristócratas y burgueses de Europa, en el brillo de la orfebrería, en los fastuosos adornos de los comensales, en las ricas viandas condimentadas, endulzadas, sazonadas con los frutos americanos; cédulas reales, bulas papales, pergaminos y dispensas, gracias y mercados, se prodigaron a cambio de las fanegadas de cacao, de afil, de tabaco, de las maderas preciosas, los lingotes de oro y plata, las entrañas de América, los pulmones de los aborígenes, los jirones de piel negra, el látigo y el cepo, el llanto y al grito. Atrás, asesinados y vencidos, quedaron Cuauhtemoczin, Atahualpa, Guaicaipuro, Cayaurima, el azteca y el inca, el araucano y el caribe, el maya y el chibcha, el guaraní y el tupinamba. Quedó incorporada esta gente y esta tierra, esta parte del mundo, á un sistema de poder y acumulación, que nunca ha cesado de crecer, transformándose en el espacio y el tiempo.

CONTINÚAN LA CONQUISTA Y LA COLONIZACIÓN

La conquista continúa, la colonización está vigente. La historia sigue tergiversada, alienada, interpretada a la medida y según los intereses de los dominantes. La independencia nacional de los países americanos sometidos por España y Portugal (¿cómo denominar a este conjunto: Iberoamérica, Latinoamérica, Indoamérica?) dejó intactas las estructuras de la desigualdad, de la servidumbre de la mayoría, de la concentración de la riqueza, de los privilegios y disfrutes. Por mucho tiempo la democracia formalizada en las constituciones fue el coto cerrado de las oligarquías y las élites, el instrumento para la dominación de los desposeídos y despojados, la expresión institucional de la patria de los amos. Nuestros países, formalmente liberados del yugo colonial, siguieron sometidos a los centros capitalistas europeos, a

los cuales se agregó Estados Unidos, bajo régimen de dependencia económica y tecnológica, financiera y cultural, bajo tutela política inclusive, en el marco de la Doctrina Monroe; como en los primeros tiempos de la conquista continuamos cambiando nuestros productos esenciales por baratijas, por desechos tecnológicos, por chatarra militar, por antenas parabólicas, por las cuentas de colores y los espejitos que vienen en las alforjas de los nuevos conquistadores, doblados de comerciantes y banqueros, de inversionistas y asesores, de evangelizadores y protectores. En esas alforjas viene también las teorías que se nos imponen como soluciones únicas a la crisis provocada por el propio funcionamiento del sistema: ideas viejas en nuevo envoltorio, propagadas a través de los medios de comunicación al servicio del poder, enseñadas como verdades últimas en nuestras universidades, proclamadas en los discursos y mensajes de los gobernantes y políticos, practicados como programas voluntarios cuando en realidad son instrucciones imperativas de los agentes de la dominación, de los acreedores a inversionistas. Ayer, hoy y quizás mañana se levanta la imagen de Occidente como estandarte de un orden natural, necesario, inevitable, de una división del mundo en ricos y condenados, en desarrollados y frustrados en su desarrollo, en monopolistas del conocimiento y tributarios de estos, en superiores e inferiores, en disciplinados y bochincheros, en productivos e indolentes, en elegidos de la fortuna y perdedores. Siempre los conquistadores están clavando sus picas en las tierras y en las carnes de nuestros pueblos.

LA DEUDA: NUEVO CAUTIVERIO

Tenemos en el presente la realidad de un nuevo cautiverio, o, mejor dicho, de una nueva etapa en el largo cautiverio que padecemos; es la deuda externa. Al intercambio desigual, a la modalidad de la inversión directa en enclaves neocoloniales (la minería de exportación, el petróleo, el banano), se agrega ahora el mecanismo ominoso de la deuda, que permite extraer no sólo el excedente económico tradicional, sino también parte de los medios de subsistencia, la forma más cruda de la descapitalización

en el hombre, el genocidio que se ejecuta en nuestros niños, a quienes se les empobrece la nutrición, se debilita su defensa de la salud, se les someta a privaciones elementales, inclusive su educación escolar, porque hay que pagar el servicio de la deuda, porque los gobernantes se han comprometido a pagar hasta el último centavo, aunque sea a expensas de la vida de los pobres. ¿Cuál es la diferencia entre el genocidio postcolombino y este otro que sufren actualmente nuestros pueblos, la consunción por la penuria, el arrebato del pan para engrosar las arcas financieras de los bancos internacionales, la frustración del futuro para sostener el capitalismo rentístico? Se nos dice que no se pueden romper las cadenas de la deuda, porque recibiremos el castigo reservado a los rebeldes, es decir, el cerco económico, el bloqueo de los poderosos, el cierre de la bolsa de préstamos e inversiones, de los mercados que compran nuestras exportaciones. Mientras se nos tienta con los paradigmas del éxito; los países del sudeste asiático, los cuatro dragones que escogieron el camino de la competencia, del mercado libre, de la exportación no tradicional; pero nada se dice de las décadas de salarios de subsistencia, del bajo nivel de vida, de la represión social y política, que antecedieron a la presente situación y aun persisten en muchos aspectos.

LA SIMBIOSIS DE LAS CULTURAS

Se nos dice que no hubo destrucción de las culturas indígenas sino asimilación dentro de la cultura ibérica, una especie de simbiosis, de síntesis, de mestizaje, que borró las identidades originales para darnos una nueva identidad. Luego se agregó la vertiente africana, para completar el mestizaje no sólo étnico sino cultural y económico. Vasconcelos, el mexicano, habló de la **raza cósmica**, para poner de manifiesto una supuesta creación de un prototipo humano cuya calidad consiste en no identificarse con ninguna raza pura o cultura preexistente, sino en la adquisición de características singulares, positivas, aptas para la proyección al futuro en una nueva humanidad. Nadie puede negar el hecho del cruce de las razas en nuestra región; pero es igualmente cierto que

los pueblos indígenas se resisten a desaparecer, aunque el genocidio nunca ha cesado, el exterminio siempre hace estragos en ellos: en tierras del Amazonas se caza a los indios como a animales salvajes, se destruyen sus viviendas y cultivos, se les obliga a internarse cada vez más en las selvas; en tierra venezolana y colombiana, tribus sobrevivientes son diezmadas impunemente por los nuevos conquistadores; cuando se hace referencia a los indígenas sobrevivientes, refugiados, cercados, hostigados, se les aplican los calificativos que se inventaron hace poco menos de quinientos años; ellos son los extraños ahora, los enemigos, los molestos testigos de un pasado que se quiere olvidar. Otros intentan "civilizarlos", reducirlos como ayer a los recintos de la civilización, despojarlos de sus usos y costumbres, tradiciones y medios de vida, de sus relaciones con la naturaleza, sustituir sus modos de expresarse por la lengua española o portuguesa o inglesa, prohibirles sus creencias, evangelizarlos y occidentalizarlos. Está bien que curen sus enfermedades, mejoren su alimentación, sus viviendas, sus instrumentos de labranza, caza y pesca; está bien que se les enseñe el lenguaje de la cultura dominante, pero que se respeten los suyos, no como piezas de museo, no como curiosidad antropológica, sino como elementos básicos de culturas que tienen su dinámica. Hay que considerar a los indígenas como lo hacemos con los mayores, los fundadores, las raíces humanas de nuestros pueblos, no como los residuos del pasado, los degradados de la historia, los fantasmas de la conquista. Aun son millones en la subregión andina, en la cuenca amazónica, en México, en Centroamérica, aferrados a lo suyo, a sus derechos, a su concepción del mundo, a sus artes y destrezas. La educación de los vencedores, de los invasores, no ha podido borrar ese pasado que es presente. No basta con cultivar el folclor, deformándolo, falsificándolo, sofisticándolo, para regodeo de los descubridores; hay que abrir los cauces para que circule la corriente rumorosa de esta realidad que se resiste a desaparecer.

EL SER AMERICANO

Quizá cabe plantearse la cuestión, nunca resuelta, de qué es ser americano. Para Europa, el americano es el ciudadano de los Estados Unidos, el tenedor del dólar, el prototipo del capitalista, el **homo faber**, el gendarme del mundo, el Tío Sam, el Calibán de Rodó, el traficante de éxito. Los ciudadanos del resto del continente son subamericanos, hispanos, fracasados, deudores irresponsables, pedigrúes y demás epítetos negativos. Pero somos de este continente desde hace muchos siglos, porque aquí vivieron, sufrieron, lucharon, amaron y murieron nuestros mayores; y aquí seguimos viviendo, sufriendo, luchando, amando y aquí sembraremos nuestros huesos. Nadie ni nada puede negarnos esta simple circunstancia de ser americanos, independientemente de la procedencia del nombre de América: somos una parte de la sociedad humana y tenemos tanta historia como cualquier otra parte de ella y tanto derecho al mundo como otros pueblos. Nadie puede pretender despojarnos de identidad, ni de origen, ni de historia. Tampoco nadie puede cerrarnos el camino al futuro.

LA EDUCACIÓN COMO VEHÍCULO DE DOMINACIÓN

Probablemente la mayor falla de nuestra educación es la carencia de autenticidad. Oscila entre el humanismo latino y el tecnologismo anglosajón. Importamos todos los elementos claves de la estrategia educativa: objetivos, medios, modos, instrumentos, modelos, métodos. Estudiamos en los textos traducidos que se elaboran en sus idiomas originales en los centros desarrollados, con ejemplos e ideas propios de aquéllos. Se pretende que el conocimiento es aplicable sin modificación a toda realidad. También en este campo de la actividad existe una división del trabajo impar como mecanismo de dominación y dependencia; los países desarrollados se especializan en generar ideas, modelos, conocimientos, tecnologías, paradigmas sobre educación, ciencia, cultura, estilos de vida, multiformes expresiones del saber; y los no desarrollados, o subdesarrollados, o en vías de desarrollo, nos especializamos en imitar, copiar, adaptarnos, consumir en una pa-

labra, aquellos productos intelectuales, que nos mantienen atados a la dinámica dominante, como cajas de resonancia de aquéllos que se consideran la vanguardia del progreso.

La educación de que hablo no es tan sólo la que se importa en las aulas regulares de nuestros institutos educacionales. Comprende también, y quizá con mayor influencia, en la formación o deformación de nuestra juventud, los mensajes, o antimensajes, o mensajes alienantes, que emiten los medios de comunicación a todas horas del día, dentro y fuera del hogar, en la calle, en los lugares de trabajo y de recreación, en hospitales y escaparates comerciales; es una campaña insidiosa, incisiva, para crear una falsa conciencia, para pervertir los valores propios de nuestros pueblos, para anular nuestra identidad y nuestra personalidad, para convertirnos en autómatas de la publicidad que propaga la excelencia del capitalismo, el consumismo, el éxito medido por el enriquecimiento y el disfrute, la violencia contra los débiles, el sexo como mercancía, la torcida imagen de un mundo en que los vencedores son los héroes, los superhombres, los defensores de la supremacía blanca, los adalides de la libertad; mientras que los villanos, los forajidos, son los vencidos, los que defienden sus tierras contra el despojo de los invasores, los indios, los negros, los amarillos, los mestizos, los pobres. También imparten esta educación los actores de la vida pública: los políticos, los gobernantes, los legisladores, los dirigentes del empresariado, los dirigentes sindicales, los dirigentes culturales, que emiten declaraciones, opiniones, mensajes, que actúan, se autoexaltan, se promueven, se presentan como ejemplos sociales, prometen, engañan, defraudan, encubren, toman la democracia como escudo, médran, disfrutan y siempre están en la cresta de la ola. Cúspides de esta enseñanza son los debates parlamentarios y las justas electorales, como se puede apreciar en estos días de crisis y frustración.

La educación para la falsa conciencia, para el sostenimiento de la dominación, viene enlatada, empastada, empaquetada, programada, videocaseteada, computarizada, lista para servir. Propaga la última moda tecnológica, la mejor manera de vender, có-

mo aumentar el desperdicio, cómo inducir al gasto innecesario, cómo hacer el amor, cómo gerenciar la filosofía, cómo operar los mecanismos sin comprenderlos. Es una educación que impide la creatividad, que frena la imaginación, que esteriliza el ingenio, que intenta suministrar la cultura en tabletas. Para esta educación no tenemos pasado, la historia comenzó ayer, o cada día; el presente es imperativo. Educación operativa, instrumental, deformativa y falsamente humanista.

Frente a esa educación de los dominantes, de los descubridores, de los lacayos de la dependencia, hay que impulsar y fortalecer y desarrollar la otra educación: la de los no descubiertos en la acepción de la Cátedra Pio Tamayo, la de los que luchan por su liberación integral, la de los que consideran que el progreso no consiste en una acumulación de cosas que se desechen sino en una aptitud para vivir, para trabajar, para satisfacer las necesidades reales y culturales, para estar en equilibrio con la naturaleza y con las otras sociedades; una educación para la realización cabal del ser humano, para la creación, la imaginación, la paz, la justicia, el amor, la belleza, la solidaridad. Una educación para que los no descubiertos se descubran ellos mismos en plenitud de existencia y conciencia, y para que nadie pueda descubrirlos para someterlos, esclavizarlos y exterminarlos como en esta historia de los quinientos años.

Valencia, Ateneo, Cátedra Pío Tamayo
20 de octubre de 1989.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Luis Alberto Sánchez: *Historia General de América*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1944.

Angel Rosenblat: "Población Indígena de América", en la Revista *Tierra Firme*, Nº 8, Madrid 1935.

Celso Furtado: *Obras Escogidas*, Plaza & Janés, Bogotá 1982.

Rufino Blanco-Fombona: *El Conquistador Español del Siglo XVI*, Ed. Edime, Caracas/Madrid 1956.

Darcy Ribeiro: *El Proceso Civilizatorio*, 4ª. ed. esp. UCV, Caracas 1983.

